

—¡Pues, entonces, yo tomo lo mío, porque me dá la gana!—prorrumpió Mauro, levantándose y poniendo la mano sobre la torta.

Pero Lucas fué más diligente; cogió la torta, y seguido de la familia, entre los gritos, los tiros, los empujones, fué a echarla por la ventana. Siguió una batalla campal. Hermanos y hermanas se agarraron por los cabellos: gritos, puñetazos, bofetadas, arañazos, sillas por el suelo, botellas, vasos, platos en pedazos, el vino derramado sobre el mantel: un terremoto. Rosario se puso en pié, sobre una silla y gritó tronituante:

—¡Qué vergüenza! ¡Qué espectáculo! ¡Sin recordar que hay un invitado!

Ante tan fieras intimaciones, algunos de aquellos energúmenos se detuvieron como por encanto. Buscaron con sus miradas al invitado. ¿Dónde estaba? ¿Dónde se había metido?

Sobre la silla se veía un abrigo; bajo la mesa un par de zapatos. El desgraciado se había escabullido, descalzo, para correr más fácilmente.

—¡No ha estado mal la comida!—decíanse poco después los ocho Borgianni, ya sosegados. Todo fué bien: sólo ha faltado la fruta...

IN CORPORE VILI

I

Cosme, el sacristán de Santa María la Nueva, había puesto de centinela a sus tres chiquillos en los tres distintos mercados de la ciudad, para que corriesen a llamarle apenas descubriesen desde lejos, a la cojitranca Abundia, vieja ama del padre Ravaná.

Desde la pescadería, aquella mañana, el tercero de los rapaces, llegó jadeante:

—La Abundia, papá, la Abundia.

Y Cosme echó a correr.

Sorprendió a la vieja ama a tiempo que con el pescadero ajustaba un puñado de cangrejos.

—¡Márchese usted de aquí, en seguida! ¡Demonio de la tentación!

Y volviéndose al pescadero :

—¡No le haga usted caso! ¡Le han ordenado que no compre cangrejos!

Abundia púsose las manos sobre las caderas, sacando los codos, en actitud retadora; pero Cosme no le dejó tiempo para la réplica; le dió un empujón y abalanzóse hacia ella, con los brazos levantados, repitiendo :

—¡Váyase usted al diablo, le digo!

El pescadero tomó entonces el partido de la cliente, que se desgañitaba.

Acudió gente de toda la pescadería, a sujetar a los adversarios, que ya venían a las manos. Cosme gritaba furibundo :

—¡No, no, no quiero que el padre Ravaná coma cangrejos! ¡No puede ni debe comerlos! ¡Y que se lo diga de mi parte! ¡Es ella, la que lo incita, como el demonio, y hace todo lo que puede para arruinarle el estómago!

Por fortuna, pasó en aquel momento por la pescadería el mismo padre Ravaná.

—¡A propósito! ¡Venga, venga usted!—gritó Cosme al verlo.—¡Diga usted si ha encargado al ama que compre cangrejos!

Tembló el padre Ravaná, carigordo, palideciendo con una sonrisa nerviosa. Y balbució :

—¡Yo... verdaderamente!..

—¿Cómo que no?—exclamó Abundia, dándose un puñetazo sobre el huesudo pecho, asombrada,

estupefacta.—¿Se atrevería a negarlo en mi propia cara?

El padre Ravaná la reprendió, enfurecido.

—¡Cállese, bachillera! ¿Le he dicho yo que comprase cangrejos? ¡Yo le he dicho que trajese pescado!..

—¡No, señor; cangrejos, me ha dicho usted!

—¿Pero pescado o cangrejos, no es todo uno?—gritó entonces Cosme, poniéndose entre el ama y el cura, mientras toda la gente reía.—¡Cocido, caldo y leche! ¡Leche, caldo y cocido! ¡Y nada más! ¡Así se lo ha ordenado el médico! ¿Lo oye usted? ¡Y no me haga usted hablar más, Santo Dios!

—¡Cálmate, buenazo: tienes razón, hijo mío!—se apresuró a decirle el padre Ravaná, confundido y mortificado.

Y volviéndose al ama :

—¡Váyase usted a casa! El cocido de costumbre...

Los espectadores acogieron estas órdenes con nuevas y más fuertes risotadas, y el padre Ravaná se abrió paso entre el gentío, con forzada sonrisa, diciendo a unos y a otros :

—¡Es muy bueno este Cosme! Es preciso soportar a este bueno de Cosme: lo hace por mi bien... Si, si... ¡Dejadme pasar, hijos míos! ¡Tanta gracia de Dios aquí y yo... cocido, caldo y leche, in-

fortunadamente! Así lo ha ordenado el médico... Si. No debo comer otra cosa. Cosme tiene razón.

II

—¡Pse, mira!—dijo en voz baja, delante del altar, el padre Ravaná, bajando los ojos, al sacristán, cuando le vertía el agua y el vino en el cáliz. —Está en la iglesia el doctor Nicastro... Ahí, cerca de la balaustrada... ¡Estate quieto! ¡No te vuelvas, burro!. . . Está a la derecha... Cuando puedas, hazle señas para que se quede después de la misa y entre en la sacristía.

Cosme frunció las cejas, palideció, y apretó los dientes, para refrenar un ímpetu de ira.

—¿Qué cenó usted anoche? ¡Dígame la verdad!

—¡Cállate, mal educado! ¡Delante del Santísimo Sacramento!. . .—le reprendió el padre Ravaná, no muy quedo, volviéndose a mirarlo severamente.

Desde la primera fila de bancos, se oyó la reprimenda del sacerdote al sacristán, y se extendió durante un instante por la iglesia un murmullo de protesta contra el pobre Cosme, que se encendió como una brasa, temblando todo él de rabia y de vergüenza. No sabía ya donde poner las vinajeras, de tan revuelta que tenía la bilis.

Cuando terminó la misa, siguió al padre Ravaná a la sacristía, cejijunto y refunfuñando. Poco después entró el doctor Liborio Nicastro, bajito,

viejísimo, encogido por los años. El ala del sombrero le llegaba casi hasta la espalda. Vestía a la antigua, y llevaba barba a la marinera.

—¿Qué ocurre, padre Ravaná?—preguntó gangoso y con un frecuente abrir y cerrar de sus párpados canosos.—¡Tiene usted una cara, que Dios se la conserve!

—¿Sí?

El padre Ravaná, miró un momento perplejo al médico, como inquiriendo si debía o no creerlo; después, con voz irritada, como si se lamentase de una injusticia cometida con él, respondió:

—¡Pero este estómago, doctor Liborio de mi alma, este estómago, no quiere hacer bondad! ¿Sabe usted?

—¡Es claro!—bufó Cosme, volviéndose a mirar a otra parte.

El padre Ravaná le fulminó con una mirada.

—¡Siéntese usted, siéntese, padre Ravaná!—añadió el doctor Liborio.—¡A ver, la lengua!

Cosme, con los ojos bajos, trajo una silla al padre Ravaná. El doctor Nicastro sacó flemáticamente las gafas del estuche, se las ajustó sobre la nariz y le miró la lengua.

—¡Sucia!. . .

—¿Sucia?—repitió el padre Ravaná, escondiéndosela enseguida, como si la voz del doctor obrase como un cauterio.

Cosme soltó, pero esta vez por la nariz, otro

resoplido. La bilis le hervía en el hígado. Tenía cerrados los puños y apretados los labios. Pero por fin, prorrumpió:

—¿De qué le sirve, pues, ese tártaro... como dicen ustedes?

—Sí, emético, hijo mío—confirmó placidamente el doctor Nicastro, entregándole la receta al padre Ravaná y guardándose en un bolsillo el cuadernito de las recetas.—*Si applicata juvant, continuata sanant.*

No se refería al caso: pero era latín y bastó para tapar la boca al pobre sacristán.

—¿Continuamos con lo de costumbre?—preguntó éste, pálido, cejijunto, apenas se fué el médico.

El padre Ravaná, abrió los brazos, sin mirarlo y dijo:

—¿No lo has oído?..

—¡Entonces,—añadió Cosme, fúnebre—voy a decírselo a mi mujer!. . Déme usted el dinero para el medicamento y márchese a casa. Voy enseñada.

III

—¡Ay!. .—exclamaba a cada peldaño.—¡Ay, ay!. .

Abundia oyó aquel lamento por la escalera y corrió a abrirle al padre Ravaná.

—¿Se siente mal?

—¡Malísimo, malísimo! ¡Márchese a la cocina! Ahora mismo llegará Cosme. Si no la llamo, no salga. ¡A la cocina!

Abundia fué a esconderse, gruñendo.

El padre Ravaná entró en su habitación; se quitó la sotana, y quedóse con su aflojado pantalón y su enorme chaleco, en mangas de camisa, y comenzó a pasear, haciéndose amargas reflexiones.

Le remordía la conciencia. ¡No cabía duda! Dios misericordioso le concedía la gracia de ponerle a prueba por medio de aquel diablo cojo, disfrazado de mujer, y él, ingrato, no sabía aprovecharse.

—¡Ah!—exclamaba con intensa exasperación, deteniéndose de vez en cuando y agitando en el aire sus puños.

El escaso y pobre mueblaje parecía en aquella habitación como perdido sobre el amplio y desnudo pavimento de viejos ladrillos de Valenza, aquí y allá rotos y dispares. En la pared, a la derecha, estaba la limpia cama sobre unos caballetes de hierro, al descubierto; en la cabecera, un antiguo crucifijo de marfil, con la pátina amarilla de los años. (Aquel día, los ojos del padre Ravaná no osaban levantarse para mirarlo.) En un ángulo, cerca de la cama, una vieja escopeta, y, colgadas a las paredes, algunas gruesas llaves: las de la casa de campo.

¡Tin, tin, tin!

—¡Ya está ahí el pobre Cosme! ¡Es puntual! . .

Y fué él mismo a abrirle.

—Ante todo, por caridad,—previno Cosme desde el umbral,—se lo ruego: no quiero ver a ese adefesio! . . ¡Ella tiene la culpa de todo! Aquí está el medicamento ¡Tráigame una cuchara!

—Sí, sí, voy,—dijo humilde y apresurado el padre Ravaná.—¡Gracias hijo mío: tú me devuelves la vida! ¡Entra, entra en la habitación! . .

Volvió poco después, pálido y tembloroso, con la cuchara en la mano.

—La he regañado ¿sabes? Está llorando en la cocina... Tienes tú razón, hijo mío: suya es la culpa. ¿Oíste ayer la orden que le dí en el mercado? Pues bien: mientras sudaba ¡Dios sabe cómo y cuánto! para poder tragar aquella especie de estopa que el médico me prescribe, la veo entrar ¿sabes? tentadora, en el comedor, como ocultando con una mano un hermoso plato de... ¿Qué hubieras hecho tú?

—¡Me habría comido los cangrejos!—respondió seria y secamente Cosme—Pero después, hubiese pagado yo solamente el pecado de gula: no se lo hubiera hecho pagar a un pobre inocente...

El padre Ravaná cerró los ojos, herido, y exhaló un largo suspiro.

Decía bien, Cosme: era una barbarie hacerle

tomar a él el tártaro emético cada vez que para el padre Ravaná lo ordenaba el doctor Nicastro. Porque al padre Ravaná le bastaba presenciar los efectos del medicamento en el cuerpo de la víctima para obtener idénticos resultados, por la sola virtud del ejemplo. Barbarie, sí; ¿pero ignoraba acaso Cosme, cuantas veces el pensamiento de esta barbarie contenía al padre Ravaná, en sus tentaciones? Necesitaba de él como freno, el padre Ravaná, por el remordimiento que le suscitaba verle sufrir ante sus propios ojos, injustamente, y para triunfar de las tentaciones de su carne pecadora. Muchos eran los beneficios que Cosme había recibido de él, y en cambio, ¿qué le exigía? Este solo sacrificio por la salud, no tanto del cuerpo como del alma. Sin embargo, cada vez, la vista de aquel suplicio, al que la víctima se sometía sin rebelarse, le trastornaba totalmente. El remordimiento, la vergüenza le sacudían con tal ímpetu, que el padre Ravaná se hubiera arrojado por la ventana.

—¿Qué hace usted, llora?—le dijo Cosme.

—¡Vamos, vamos, lágrimas de cocodrilo!

—¡No!—gimió con sincera aficción el padre Ravaná.

—Bueno, bueno: túmbese en la cama y míreme: voy a tomar la primera cucharada.

El padre Ravaná se tumbó sobre la cama, con los ojos lacrimosos y el semblante contraído por

la pena. Cosme puso un cazo sobre el infernillo, para tener pronto agua tibia; después, cerrando los ojos, se tragó la primera cucharada del medicamento.

—¡Ya está!. . . No me compadezca, por piedad se lo pido! ¡Cállese o hago alguna locura!

—Sí, me callo, me callo, hijo mío, tienes razón. Hablemos de otra cosa... Mañana ¿sabes? si el tiempo lo permite y estoy mejor, me iré al campo... Ven tú también y trae contigo a tus hijos y a tu mujer, para tomar un poco de aire: no os preocupéis de nada... ¡Mal año, Cosme, pero... Dios nos castiga de tantos pecados como cometemos! Se ha agotado ya la paciencia divina, estoy seguro. El mundo llora, pero llora y mata... ¿lo sabes? Guerra en Africa, guerra en la China... El pobre sufre, pero sufre y roba. Y la ira del Señor se cierne sobre nuestras cabezas. El granizo, ha devastado huertos y viñas... El tiempo húmedo amenaza a los olivos... ¡Oye!. . . ¿Sientes ya algo? ¿No?

—Todavía no, señor... Voy a tomar el agua tibia.

—¡Bueno, bueno!. . . Hablemos... Es verdad que la cosecha de trigo ha sido abundante, y si Dios quiere y María Santísima nos hace la gracia, mitigaremos con esto, en cierto modo, los quebrantos del mal año...

Cosme escuchaba con atención, pero quizás

sin entender una palabra. De vez en cuando, se le ponía la cara de mil colores; después, de repente, palidecía, palidecía más, sudaba frío, se agitaba un poco en su silla, se le extraviaban los ojos.

—¡Ay, madre mía! ¡Ya comienza a moverse esto, padre Ravaná!. . . ¡Ya comienza!

—¡Abundia, Abundia!—gritó entonces el padre Ravaná, palideciendo también él y mirando fijamente a Cosme, para provocar también en sí los mismos efectos, a la vista de los del medicamento.—¡Venga usted enseguida, creo que esto ha comenzado ya!

Abundia corrió a sostener la frente del padre y Cosme, mientras tanto, entre conatos y contorsiones, le largó solapadamente algunas patadas, de todo corazón.

IV

—¡Ahora, dale una buena taza de caldo a Cosme!—ordenó a la caída de la tarde el padre Ravaná a su ama.—¿Quieres algunas rebanadas de pan, Cosme?

—Lo que usted quiera... ¡Déjeme usted!. . .—dijo el pobre sacristán, agotado, palidísimo, con la cabeza pesante, apoyada en la pared, sin ni siquiera fuerzas para respirar.

—¡Unas rebanadas de pan y una yema de huevo!—añadió el padre Ravaná, todo presuroso.—Dí ¿quieres Cosme, una rica yema?

—¡No quiero nada, déjeme estar!—gimió éste en el colmo de la desesperación.—Mientras usted charla, yo por su culpa llevo el veneno en el cuerpo. Primero me arruina el estómago y luego me dá unas rebanadas de pan y una yema de huevo. ¿Son estas acciones dignas de un santo sacerdote? ¡Déjeme que me marche!.. ¡Maldito sea!.. ¡Acabará perdiendo la fe! ¡Ay... ay... ay!..

Y se fué con las manos agarradas al vientre quejándose de este modo.

—¡Qué feo vicio el suyo!—exclamó enojado el padre Ravaná.—Primero, muy manso; después, se arrepiente y se pone hecho una furia... Con tanto bien como le he hecho a ese ingrato.

Durante un momento movió la cabeza, contraidos los ángulos de la boca desdeñosamente; luego, llamó:

—¡Abundia, dame a mí el caldo! ¿Le has puesto la yema de huevo? Muchas gracias. Dame ahora el sombrero y el manteo.

—¿Sale?

—¡Sí, mujer! ¡No faltaba otra cosa! Me siento muy bien ahora, gracias a Dios.

LA MALA SUERTE DE PITAGORAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO